

## los mitos y el acorazado

El estreno, en funciones normales y en pantallas españolas, de un film soviético, lleva forzosamente aparejadas una serie de reacciones que poco tienen que ver con el film en sí mismo, como unidad aislada. El mito acecha. El mito de lo desconocido. Durante años se nos ha venido diciendo que en el cine ruso no se veían más que tractores, que se trataba de un cine únicamente propagandístico, poco menos que inhumano. De ahí a que un público desorientado llegara a pensar que los actores debían tener rabo va sólo un paso. Mucho del público que llena diariamente la sala madrileña donde se proyecta el «Don Quijote» de Kozintsev irá, posiblemente, para ver si aquello es verdad. Otra parte irá deslumbrada por el prestigio del cine soviético de la gran era, la inmediatamente posterior a la revolución. La sombra del fabuloso «Potemkins» sigue planeando, cuarenta años después. Para acabar de complicar las cosas, pesa, en el espectador español, el mito del Quijote. Quién más, quién menos, en último término, se pregunta «qué habrán hecho esos rusos con nuestro Quijote... Entre tanta pregunta, entre tanta inquietud, puede quedarse perdido el juicio sobre la propia película. De hecho, y a juzgar por las opiniones que he tenido ocasión de recoger, así está ocurriendo. Oscilan entre una admiración y una decepción indiscriminadas, situadas, generalmente, al margen del film.

«Don Quijote» data de hace nueve años. Su autor, Grigori Kozintsev, llevaba diez apartado del cine, dedicado a la puesta en escena teatral. En los años veinte, en colaboración con Leonid Trauberg —colaboración que no se cortaría hasta la guerra—, realiza una serie de películas inspiradas directamente en la técnica que hablan ambos previamente impuesto en el FEKS —«Fábrica del actor excéntricos», grupo teatral de vanguardia en el que se rompía con todo planteamiento naturalista, mediante la introducción de elementos procedentes de otras formas de espectáculo. Después fue haciéndose más clásico, a medida que sus propios planteamientos iban evolucionando y que, por otra parte, el idanovismo, estrechamente ligado al stalinismo, se imponía con mayor fuerza. La trilogía de «Máximo» fue su obra más importante de esta época. Luego, «Los hombres fríos», realizada en 1945, permaneció guardada en sus latas hasta once años después. Fue el final de la etapa Kozintsev-Trauberg. Una película en 1947 y silencio hasta el «Quijote», después del cual sólo ha realizado el «Hamlet», premiado en Venecia hace un par de años. No es gratuito el recuerdo a la evolución de la carrera de Kozintsev al intentar un acercamiento a su película. En realidad, me parece necesario.

«Don Quijote» es, ante todo, una espléndida labor de adaptación y de interpretación de una obra universalmente conocida y llena de escollos a la hora de su trasvase al lenguaje cinematográfico. Es también, sin duda alguna, el mejor «Quijote» cinematográfico, a mucha distancia de los de Pabst y Rafael Gil y, por supuesto, de las versiones realizadas en distintos países a partir de 1905. Queda, naturalmente, por ver lo que hará Orson Welles con su versión. Ahora bien, si estamos en todo caso ante una obra de innegable estatura, no puede decirse que se trate de una obra maestra. La puesta en imágenes no está, en todo momento, a la altura del empeño. En ocasiones le falta grandeza, le falta esa brizna de locura que es precisa al referirse al caballero de la Mancha. En ocasiones sólo. Todo lo referente a los duques —desde que sus emisarios llegan a recoger al caballero hasta el final de la aventura de Sancho en la Insula Barataria— está en la línea que debió ser la de toda la película. La primera salida, la escena con Maritornes, son también excelentes. No puede decirse lo mismo, sin embargo, de la muerte del hidalgo, con esas apariciones de un tono excesivamente romántico, o de la sucesión a veces mecánica de las aventuras claves. Aunque hay que aclarar que, además de que la copia exhibida en Madrid deja bastante que desear en cuanto a calidad, da la impresión de estar abreviada respecto a la que se proyectaba en el momento de la realización del film.

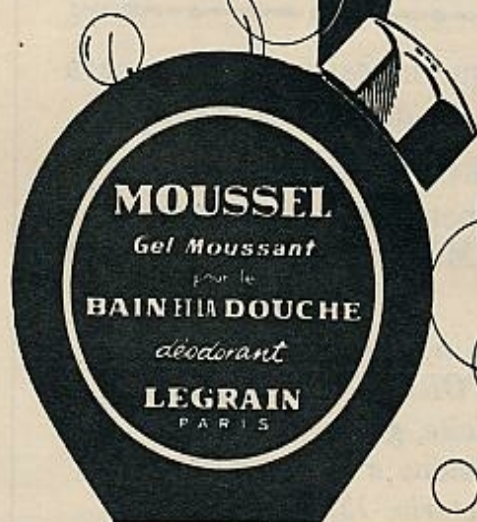
A partir de estos supuestos, del classicismo que predomina en la versión —sólo roto por las escenas aludidas, en las que, por otra parte, la referencia a las técnicas del FEKS es evidente—, la película es no sólo de una absoluta dignidad, sino de un gran interés en cuanto a lo que supone de puesta al día de un mito cuyas interpretaciones tradicionales lo estaban esclerotizando. Don Quijote es, aquí, un personaje que, sin que se haya traicionado el espíritu de Cervantes, responde a y está visto con ojos de una dialéctica de nuestro tiempo. Habla que elegir, y Kozintsev ha optado por prescindir al máximo de los aspectos grotescos para subrayar todo lo que de noble hay en él. A este criterio responde la interpretación de Cherkasov, uno de los más grandes actores soviéticos, que ha sabido calar hondo no ya sólo en el personaje en sí, sino en la visión que de él nos propone la película. Y, a una escala menor, el resto del reparto, perfectamente adecuado, incluso físicamente, a los tipos humanos encomendados.

Porque éste es otro de los factores que hay que resaltar al referirse al film: el de la excelente ambientación en tipos, decorados y paisajes. Que un país tan distante, en tantos aspectos, haya logrado algo más que una fidelidad de tipo fotográfico, una interpretación del nuestro a través de nuestra mejor pintura —del Greco a Velázquez, pasando por Murillo— y de la exacta comprensión de un modo de vida que era el de la España del Siglo de Oro. En este terreno se impone citar a Alberto Sánchez, el pintor y escultor español muerto en el exilio, que colaboró activamente en el film, y cuya garra es palpable en la ambientación, especialmente en la de los interiores. Si Crimea no es la Mancha, pudiera haberlo sido; si los actores secundarios, los figurantes, no son españoles, tampoco es imposible el que lo fueran. Decorados, vestuario, lo son. Un dato más a retener a la hora de hacer balance de un film que, si no es extraordinario, es, por muchas razones, admirable.

CESAR SANTOS FONTENLA

## En el cuarto de baño domina MOUSSEL

su uso  
es tan  
necesario  
que ha  
pasado  
a primera  
línea  
en el aseo  
personal



1<sup>er</sup> Gel espumoso para  
BAÑO-DUCHA y ASEO PERSONAL

- \* ABUNDANTE Y FRAGRANTE ESPUMA
- \* PERFUME VIGOROSO Y PERSISTENTE
- \* GRAN PODER DESODORANTE
- \* ATRACTIVA PRESENTACION
- \* PREPARADO POR MARCA CINCUENTENARIA DE RECONOCIDO PRESTIGIO

**LEGRAIN**  
PARIS